

suelo, porque atrae y aumenta de tal modo la poblacion, que el suelo subdividido hasta el infinito cesa muy pronto de poder mantener él solo los brazos que ha multiplicado demasiado. «Para juzgar de ello basta saber que estas tierras volcánicas alimentan una familia de cinco personas con la tercera parte del producto de cinco fanegas; no se puede encontrar sino en las Indias ejemplo semejante de tal riqueza y de tan gran poblacion.»¹ Tantas producciones no agotan la fecundidad del suelo. Las cenizas del Vesubio añaden á las legumbres, á las sandías, á las mejores naranjas de Europa con las de Portugal, el *lacryma Christi*, excelente vino cuyo nombre un poco triste ha inspirado estos bonitos versos al poeta italiano Chiabrera:

Chia fu de' contadini il sì indiaretto,
Chia s'bigotter, la gente
Diede nome dolente
Al vin, che sovra gli altri il cuor fa lieto?
Lacrime dunque apellerassi un riso,
Porto di nobilissima vendemmia?

No se puede dejar á Resina sin visitar á Herculano, sepultado bajo la lava á 60 piés de profundidad. Al resplandor de lan antorchas recorrimos las partes ya despejadas; el primer monumento que se encuentra es el teatro, que pasa por el mejor conservado que tenemos. Pero Dion Cassio parece haberse engañado cuando avanza que los habitantes fueron sorprendidos por la erupcion, en medio de una pieza de comedia; el pequeño número de esqueletos hallados en el teatro parece atestiguar lo contrario. Como quiera que sea, las proporciones del edificio, el alineamiento de las calles, el número de los papiros dan á conocer que Herculano era una grande y hermosa ciudad, así como los frescos y los otros objetos de lujo y de religion, establecen desgraciadamente que mereció la suerte de Pompeya, de cuyas

¹ Lullin de Chateaufieux. *Cartas sobre la Italia*, p. 250.

iniquidades participaba. Cerca de Herculano brilla la residencia real de Portici, cuyo patio de honor está atravesado por el gran camino de Salerno y de las dos Calábrias; no molestar ni impedir el tránsito público y sacrificar el reposo privado á la felicidad de las comunicaciones, es un sentimiento fraternal que honrará siempre al rey Carlos III. La elegancia de los pórticos, la belleza de las pinturas merecen la atencion del viajero. Despues de haber dado un golpe de vista á aquellas riquezas, verdaderos tesoros que en todas partes no dejarán serlo, entramos á Nápoles, no sin admirar los numerosos *corricolo* que surcaban el camino de anchas losas.

El *corricolo* es el coche napolitano por excelencia. Habitantes de la ciudad y del campo, lazzaroni y no lazzaroni, militares y artesanos, hombres y mujeres, todos parecen subir á él con igual dicha. Por su forma se parece á nuestros guallines de las inmediaciones de Paris; pero lo que á nada se parece es el modo con que se colocan en él los viajeros en número de diez, de doce y hasta de catorce. Están en todas partes, adentro, afuera, detrás, encima, debajo, en pié, sentados, acostados, acurrucados, riendo, cantando, hablando y sobre todo gesticulando con ese talento mímico tan vivo y tan variado que permite á los Napolitanos mantener la conversacion sin pronunciar una sola palabra y sin ser comprendidos por los extranjeros. Cuando el *corricolo*, adornado con aquella sociedad de pintorescos trajes, pasa rápidamente delante de vos, no se sabe si se ven sombras chinescas ó un coche con máscaras.

25 DE FEBRERO.

El Hospicio de los pobres.—Carlos III.—Benedicto XIV.—El padre Rocco.—Caridad napolitana con los niños abandonados.—Ponti.—Rossi.—San Januario de los pobres.—Catacumbas.—Colegio chino.—Gesu Vecchio (Antiguo Jesus).—Cuerpos de San Crisanto y de Santa Daría.—La vestal mártir.—Piedad napolitana.—Costumbres públicas.—Anécdota.

Habíamos acabado con el mundo pagano, antiguo habitante de Parthenope y de sus encantadas orillas; sus monumentos de todo género nos eran conocidos y los habíamos sorprendido en los impuros secretos de su vida religiosa, pública y privada. El terrible volcan de que Dios se habia servido para ejercer su justa venganza habia recibido nuestra visita; nos quedaba por estudiar al pueblo nuevo, hijo y sucesor del pueblo que ya no existe. Nápoles convertida en cristiana, manifiesta su fe por sus monumentos, sus instituciones, sus leyes y sus costumbres. No hablemos de sus trescientas iglesias, pasemos á sus establecimientos de caridad.

El *Albergo reale de Poveri* (Hospicio real de los Pobres) fué el primer objeto de nuestra curiosidad. Para dirigirnos á él seguimos la gran calle de *Toledo*; los *Studj* se encontraban á dos pasos: entramos á ella para ver la biblioteca. Esta posee un gran número de ediciones *princeps* y cerca de tres mil manuscritos muy antiguos. El más precioso de todos es el célebre autógrafo de Santo Tomás de Aquino que contiene la exposicion del tratado de San Dionisio Areopagita, *De Caelesti Hierarchia*. En otro tiempo se le conservaba religiosamente en el convento de Santo Domingo; allí se le traslada todavía cada año para exponerlo á la veneracion de los fieles el dia de la fiesta del santo doctor.

No léjos del *Studj*, incomparable museo

de antigüedades paganas, Nápoles enseña con su justo orgullo el hospicio de los pobres, uno de los tres hospicios más grandes de la Europa. Un rey, un papa, un santo trabajaron de concierto en la fundacion de este magnífico hotel de la miseria; el rey Carlos III; el Papa Benedicto XIV, y el siervo de Dios, el padre Rocco, tan célebre en Nápoles por su elocuencia como por su caridad. Aliviar las enfermedades corporales y espirituales de los pobres, tal era el pensamiento que animaba á los tres fundadores. La inscripcion grabada en letras de oro en la fachada principal del edificio,

REGIUM TOTIUS REGNI PAUPERUM HOSPITIUM,
resume el pensamiento creador que la carta del jóven rey desarrolla todo entero.

“El cielo, dice el excelente monarca, que nos anima para asegurar la felicidad de este reino, no nos permite ya mirar con ojos indiferentes todos los desórdenes producidos por la gran cantidad de pobres que obstruyen esta populosa ciudad. Aunque entre todos estos indigentes haya ancianos, cojos, ciegos, incapaces de trabajar, lo que nos mueve á una profunda piedad es que hay algunos en gran número que viven en la ociosidad; estos hombres son robustos y tenaces en profesar el estado de mendigos, para llevar á propósito una vida ociosa y libertina. Hay tambien huérfanos que se habitan á mendigar sin ninguna educacion cristiana, sin aprender ningún oficio, y llegan á ser no solo seres inútiles, sino verdaderos malvados, perjudiciales á la sociedad. En consecuencia, por una justa conmiseracion hácia los primeros, y por el deber que tenemos de reformar á los otros, hemos resuelto fundar en esta capital un hospicio general de pobres de todos sexos y edades, é introducir en él las artes más útiles y necesarias, á fin de que tal obra sea agradable á los ojos de

Dios y se convierta en un beneficio para la ciudad y para el reino. 1.

Pero para levantar el colosal edificio, emprendido por el arquitecto Fernando Fuga, eran necesarias sumas inmensas, y el reino estaba pobre. El joven rey no perdió su valor; comenzó por ofrecer generosamente los recursos de que podía disponer; luego creó nuevos recursos sin agravar los impuestos. Ciertas corporaciones del reino estaban sometidas á una contribucion anual de que, hasta él, solo se habian aprovechado los vireyes. Cuando los diputados de la ciudad de Nápoles, los jefes de las corporaciones y los superiores de los conventos, vinieron á depositar sus ofrendas á los piés del trono, el rey les dijo: "Mis buenos súbditos, sabeis que estoy construyendo un gran asilo para los pobres del reino; necesito para esto de vuestra ayuda y siento un verdadero gusto en cambiar el destino de todos estos presentes, dedicándolos desde luego en acabar y dotar el hospicio de los pobres."

Informado Benedicto XIV de las generosas intenciones del joven príncipe, consintió de buena voluntad en suprimir once conventos de Agustinos reformados,

1 Lo zelo che si nudre dall'animo nostro per la maggiore felicità di questo reame, non ci permette di più riguardare con occhio indifferente tutti i disordini che derivano da' poveri, i quali inondano questa popolatissima cetta, (Sebbene vari fra costoro sien vecchi, stoxpi, ciechi, innabili alla fatica, dalla miseria de' quali altamente e commosa la pietà nostra, pure gli altri e fanno la maggior parte, son nomini vagabondi e rebusti, fermi tutti nel professare la mendicizia per menar di proposito una vita oziosa e libertina: son fanciulli orfani e derelitti, i quali avezzandosi al mestiere del limosinare, senza cristiana educazioni; e senza apprendere arte alcuna, riescono col tempo non solo inutili, ma facinorosi e perniciosissimi allo stato. Quindi per giusta commiserazione de' primi e per dovuta provvidenza ed emenda degli altri, abbiamo deliberato di fondare in questa capitale un generale albergo de' poveri d'ogni sesso ed età, e quivi introdurre el arte più utili e necessarie, affinché tale opera sia grata agli acchi di Dio, e di beneficio alla città ed al regno.

cuyas rentas consagró á la construccion y al mantenimiento del real palacio de la caridad. En el mismo tiempo el rey Carlos encontró un hombre que le prestó grande apoyo para el cumplimiento de su obra; éste era el famoso Padre Rocco, dominico misionero del pueblo. El Padre Rocco, un San Bernardo en la elocuencia y un San Vicente de Paul en la caridad, era todopoderoso en el pueblo napolitano. Verdadero tribuno cristiano, sabia por su inspirado acento, subyugar el corazon y el pensamiento de sus numerosos auditores, y cada uno, sin confesarlo, le concedia un poder providencial; de él se sirvió para secundar los designios caritativos del monarca. Cuando se le preguntaba cómo seria bueno hacer para encontrar dinero necesario para acabar un edificio que consumia tesoros, respondia sonriendo: "Seguid haciendo; el dinero no os faltará, yo os lo daré." *Fate, fate, il danaro non mancherà ed io velo porterò.*

Su confianza no fué vana, y en 1764 se abrió el magnífico asilo para todo género de miserias. En él encontramos cerca de tres mil niños de ambos sexos, cuyas categorías y cuyos trabajos recuerdan el hospicio apostólico de San Miguel. Allí se ven diferentes edificios para los tejidos de algodón, para las sederías, para el bordado y la pasamanería; hay una escuela de música, de dibujo, de cálculo, una fundicion de caracteres, una imprenta, un taller de litografía y una escuela para sordomudos. Una fábrica de coral emplea á más de trescientas jóvenes; otras se ocupan en los trabajos de agujas, tejidos, hilos, etc. De este modo hay trabajo y trabajo libre para adultos de todas edades, escuelas para artes y oficios, instruccion para todas capacidades. Visitamos con viva satisfaccion aquel pueblo entero de desgraciados, de los cuales no se dignaba ocuparse el paganismo, y cuyos dolores agrava la filantro-

pía y á quienes solo la caridad católica rodea de cuidados asíduos y los cubre con sus alas maternas.

Durante el curso de nuestra visita nos fueron dados interesantes pormenores sobre la caridad napolitana; nos es agradable darlos á conocer. En cada comuna del reino de Nápoles, la administracion municipal recoge, sin informarse de su origen, á todos los niños que se presentan y les pone nodrizas en casas particulares; la cabecera de cada provincia posee un hospicio especial para los niños expósitos. Un pequeño balcon cubierto, *Ringhiera*, hace el oficio de torre, y el niño depositado es recogido inmediatamente al sonido de una campanilla que advierte desde luego á la vigilante. Se recibe en estos hospicios á todos los niños, sin dificultad alguna. Es muy raro que los hijos legítimos sean expuestos; pero por otra parte hay pocos hijos naturales que dejen de ser llevados á los asilos. La *Anunziata*, fundado en 1515 recibe los niños hallados en Nápoles y sus alrededores. Los muchachos á la edad de siete años son enviados al *Albergo de' Poveri*, en donde se educan con los huérfanos. Las niñas son igualmente recibidas en el recinto que les está reservado, y segun la excelente costumbre de la Italia, allí habitan hasta su muerte á ménos que se casen; en este caso reciben una dote conveniente. Además, es raro que no encuentren establecimiento, porque es costumbre en el pueblo ir por devocion á buscar una esposa entre ellas.

Al dirigirnos á *San Januario de los Pobres*, visitamos los *Ponti-Rossi*, magníficos despojos del acueducto edificado por Augusto para conducir de treinta y cinco millas á Nápoles las aguas del rio Sebeto, destinadas á la flota de Misena. El hospicio de San Januario cuenta cuatrocientos pobres, hombres y mujeres, cuidados, dirigidos, atendidos, consolados por nuestras her-

manas grises, de origen del Franco Condado. Tengo gusto en repetirlo; nuestras religiosas están destinadas á hacer bendecir el nombre de la Francia hasta en las extremidades del mundo, y á conciliarnos la estimacion y el afecto necesario á nuestra mision providencial.

Cerca de San Januario está la abertura de las catacumbas, cuyas vastas galerías recorrimos. La altura de las bóvedas, la amplitud y la regularidad de las calles, el número y la solidez de las columnas, todo anuncia un trabajo ejecutado despacio y con todos los recursos del arte. Este solo hecho atestigua un origen pagano; la tradicion invariable en este punto, lo está tambien en el uso que nuestros padres hicieron de aquellas catacumbas. Aunque Nápoles no haya sido teatro de ninguna persecucion, sin embargo los cristianos de esta ciudad, al ver la sangre de sus hermanos que corria no lejos de sus murallas, debieron muchas veces ocultar sus misterios á los ojos de los paganos; estos subterráneos debieron ser su asilo. Allí se encuentran todavia fuentes bautismales, una capilla, una cátedra pontificia, testigos auténticos del paso de los primeros fieles.

El espíritu del Cristianismo que respira en las catacumbas, se manifiesta con brillo en la fundacion del *Colegio Chino*, único en Europa. Hacia fines del siglo décimoséptimo, el padre Mateo Ripa, misionero napolitano, se embarcó para la China. Como pintor hábil, supo merecer las gracias del emperador y ardiendo en celo por la salvacion de aquel vasto país, quiso perpetuar el bien que habia empezado. De vuelta á su patria en 1726, fundó un colegio destinado á la instruccion de jóvenes chinos. El establecimiento fué dotado por piadosos cristianos y por la Propaganda de Roma. Allí son enviados los alumnos de la China por los misioneros, y entran

de trece à catorce años; vuelven á su país cuando su educacion ha concluido, y predicán el Evangelio á sus compatriotas. Vimos los retratos de un gran número de ellos, con inscripciones que indican sus nombres, el año de su nacimiento, de su llegada á Nápoles, de su salida para China y de su muerte, cuando es conocida; en fin, el género de martirio que muchos han sufrido. El colegio chino aunque poco numeroso, ha hecho importantes servicios á la religion, á las ciencias y á las artes.

Lo dejamos saludando á los futuros mártires que ocultaba en la sombra de sus claustros, y fuimos á rendir nuestros homenajes á dos mártires de los primeros tiempos á quienes la ciudad napolitana rodea de una veneracion profunda y de una confianza enteramente filial; quiero hablar de San Crisanto y Daria cuyos cuerpos descansan bajo el altar mayor de la iglesia popular del *Gesu Vecchio*. D. Plácido, guardian de aquel santuario venerable, recuerda por su desinterés y sus grandes virtudes los más bellos ejemplos de los tiempos primitivos. Se levanta á los dos de la mañana y celebra los santos misterios á las tres, á los cuales asisten una multitud de personas. A la misa se sigue la meditacion y una instruccion familiar. El buen sacerdote no baja de la cátedra sino para entrar al confesonario donde permanece una parte del día; audiencias de caridad unidas á la oracion ocupan el resto de su tiempo. Gracias á su benevolencia nos fué abierta la caja de los mártires y pudimos venerar á todo nuestro gusto aquellas piadosas reliquias cuya vista recuerda vivamente uno de los más hermosos triunfos del Evangelio.

Crisanto, hijo de un senador romano, había nacido en Egipto. Jóven todavía acompañó á su padre á la gran Roma en donde fué bien pronto apreciada su alta inteligencia. Convencido de la vanidad de

los ídolos trataba por todos los medios de conocer la verdad á fin de librar su alma de las dudas que le desolaban. Le guiaron á un anciano sábio; Crisanto se dirige á éste y el anciano, que era cristiano, no tiene reparo en desvendar los ojos del jóven neófito. Conocida la verdad, al instante fué abrazada con ardor por Crisanto que se hizo sacerdote. Su padre se asombra, se irrita, y jura hacer alejar á su hijo de lo que él llama sus supersticiones y sus errores. Caricias, ruegos, amenazas, todo se pone en obra, pero todo es inútil. Cediendo entónces á las instigaciones de sus parientes, el padre de Crisanto encierra á su hijo en su palacio y tiende á su virtud el lazo más peligroso. No habiendo podido quebrantarle las personas llevadas para reducirle, se elige una Vestal igualmente famosa por sus atractivos, por sus conocimientos y por el encanto de su elocuencia. Daria, sacerdotisa de un ídolo, cuyo culto era mirado como la salvaguardia del imperio, despliega todos sus artificios para corromper al jóven cristiano y llevarle como una conquista al altar de los dioses; pero ella misma se convirtió en conquista de la gracia. Crisanto y Daria viéndose unidos por los lazos de la fé, de la esperanza y de la caridad, se unen entónces por los vínculos sagrados del matrimonio virginal. Esta resolucion pone á Crisanto en libertad y le da, así como á su casta esposa, el medio de seguir predicando á Jesucristo. Numerosas conversiones en las altas regiones de la sociedad son el fruto de su apostolado; una de las más notables fué la del tribuno Claudio con su mujer, sus dos hijos, sus criados y setenta soldados.

Se llevan quejas al prefecto Celerino, quien manda arrestar á los jóvenes esposos. Crisanto es encerrado en la prision Mamertina y Daria expuesta en un lugar de prostitucion. El Señor vela sobre ellos

como veló por tantos otros, y salen intactos y puros. Para acabar con ellos, el emperador irritado los condena á ser enterrados vivos. Es verosímil que aquel espantoso suplicio fuese elegido con el fin de hacer sufrir á Daria el género de muerte reservado á las Vestales infieles. 1 Esta conjetura se hace tanto más probable, cuanto se hizo espirar á los santos mártires cerca de la puerta *Salaria*, lugar designado para el suplicio de las Vestales. 2 Un estremecimiento de terror os recorre todos los miembros, y lágrimas de compasion corren de nuestros ojos, cuando en presencia de aquellos cuerpos venerables, os acordais de los espantosos tormentos que les merecieron la gloriosa inmortalidad.

La Vestal, juzgada y condenada por el colegio de los pontífices era azotada con varas, luego cubierta con adornos mortuorios. En este estado se la hacia subir á una *litera* reservada para estas horribles ceremonias, y rodeada exteriormente con cojines atados con correas, á fin de dar á este ataud de vivos todo el silencio de una tumba. Los gritos de desesperacion espiraban en sus paredes, y los jueces y los verdugos no tenían que temer ni podían sentirse conmovidos á su pesar, ni ver excitar entre los asistentes emociones que hubieran podido arrancar sus víctimas. El espantoso convoy atravesaba el *Forum*, el *Comitium* y se dirigia lentamente por la vía *Salaria* hácia el *Campo Malvado*, lugar del suplicio. La consternacion reinaba en la ciudad; las tiendas, las tabernas, las basílicas estaban cerradas, y el silencio de la multitud no era interrumpido sino por los sollozos de los parientes y amigos de la condenada. 3

1 Una cum Chrysanto in focum altam demissam, ocluso aditu, instar Vestalium delinquentium, extra portum Salarium, eo modo ambs mori coguntur.—Bar. an. 284, N. VII, A.

2 D. Halycar., II, 17; Plutarch., in *Numa* 18.

3 Plutarch., in *Numa*. 18.

En medio del *Campo-Malvado* se hallaba cavada una cueva subterránea á la cual se bajaba con ayuda de una escala. Un pequeño lecho estaba dispuesto bajo la bóveda y cerca de esta capa de la muerte lucía una lámpara sepulcral, no lejos de la cual estaba depositado un poco de aceite, un poco de pan y agua, una poca de leche, provisiones de un día para una desgraciada condenada eternamente á aquella prision tumularia. 1 Entre tanto los lictores desataban las cerraduras de la litera puesta frente á la cueva; el *Flamendialis* llevaba á la víctima á la escala, luego se retiraba al punto dejando á la desgraciada en manos del verdugo. Este le ofrecía la mano para ayudarla á bajar; y apénas llegaba ella al fondo de su tumba, cuando el verdugo se apresuraba á quitar la escala y algunos esclavos, tan impasibles como la muerte, llenaban la entrada de la cueva hasta el nivel del suelo, igualando el terreno, porque no era conveniente que la Vestal culpable dejase huellas de su presencia ni entre los vivos, ni entre los muertos. 2

Pero los cristianos, testigos intrépidos del martirio de su hermano y de su hermana, no olvidaron su glorioso sepulcro.

Allí se reunían el día del aniversario de su muerte; 3 y cuando fué dada la paz á la Iglesia, el papa San Dámaso sacó á la luz del sol á Crisanto y á Daria; y es una grande alegría para el fiel de los últimos tiempos asociar sus humildes homenajes á los que el mundo católico ofrece solemnemente despues de diez y seis siglos á héroes de las edades primitivas. 4

1 Id., id.

2 Id., id.—I *Quest. rom.* 96.

3 Al hablar de las catacumbas diré lo que pasó en una de aquellas sinaxas.

4 Nuestros santos mártires fueron muertos bajo Numério el año 284 y sus actas fueron escritas por los dos hermanos *Arménio y Verino*. Véase *Tratamiento stórico su le gloriose gesta*